

## PREÁMBULO

*Elena de Lorenzo Álvarez*

Esta breve nota tiene sólo una finalidad: justificar el porqué de *otra* antología de Jovellanos y el porqué de *esta* antología de Jovellanos.

«Jovellanos no tiene *lectores*; a lo sumo tiene *estudiosos* —lo que es triste para un autor—», decía Julián Marías en 1967 para justificar su antología de los diarios de Jovellanos. Conformada ya la edición de las *Obras completas* iniciadas por José Miguel Caso González y hoy a cargo de los investigadores del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, parece buen momento para afrontar una nueva antología: primero, porque es improbable que esos lectores que reclamaba Marías aborden por sí mismos las más de ocho mil páginas que suman sus catorce volúmenes; segundo, porque en la tradición de la mejor divulgación científica puede ahora devolverse a la sociedad una versión manejable y desembarazada del enjundioso pero imprescindible aparato crítico.

En cuanto al criterio orgánico de esta antología, los conceptos sustituyen al habitual esquema que sigue el índice de las propias obras de Jovellanos. El carácter interdisciplinar y global de todo su pensamiento y su voluntad ensayística favorecen la sistemática inserción de digresiones que trascienden a las cuestiones concretas que cada obra aborda y, al tiempo, las impregna a todas de los elementos centrales de su pensamiento. Por ello, se ha buscado recuperar aquellas reflexiones y actitudes generales que representan el espíritu de la Ilustración, al margen de propuestas concretas que son hijas de su siglo y poco dicen a un lector actual que no se acerque a ellas con talante de historiador.

El eje discursivo de esta antología, cuyos conceptos se reseñan más detalladamente en el encabezamiento de cada sección, intenta explicar qué fue, o qué quiso ser, la Ilustración, a través de los textos del propio Jovellanos: él nos dirá que la

*Ilustración* entendía que la obligación fundamental del Estado era promover la *felicidad pública*, mediante un proyecto de *reformas* cuyas bases son la *educación*, una gestión eficiente de los recursos de la *hacienda pública* y la responsabilidad *ética* de los ciudadanos. De estos principios generales colige la condena de la *guerra*, el fomento de la *sanidad pública* y de *diversiones* para los momentos de ocio y la habitabilidad de las ciudades mediante *arbolado* y *paseos*, la necesidad del fomento de las *ciencias útiles* bien combinadas con la formación *humanística*, y el desarrollo del *mundo del libro* e, incluso, la incorporación de las *mujeres* en este gran proyecto ilustrado. También la felicidad era posible en el ámbito privado; sus principales fuentes eran para él la *naturaleza* y la *amistad*.

Tal decisión ha impedido reproducir cada obra íntegramente, y aunque sé que protestan al ser recortadas por la tijera del antólogo, también es cierto que las «cenicientas» que nunca son invitadas a la fiesta pueden dialogar aquí —y tenían mucho que decir— con obras señeras, aunque medien entre ellas hasta treinta años.

Esto nos lleva a otra cuestión. El pensamiento de Jovellanos cambia con los años, por conformarse a lo largo de tres décadas en que el país transita desde el Antiguo Régimen a la preparación de las Cortes de Cádiz y vislumbra las incendiarias luces de la revolución; y por estar marcado, además, por unas circunstancias personales en que median años de política activa, un destierro, un efímero ministerio y un encarcelamiento de siete años. Además, se expresa con graduada contundencia según escriba en el diario, a un amigo, un borrador, a los colegas de distintas instituciones o condicionado por la impresión. Para su correcta valoración, se ha respetado el orden cronológico interno, especificando el destinatario de la obra e incluso la datación de la última revisión.

Quizá algún lector se pregunte también el porqué de volver a Jovellanos. Decía Azorín en *Los clásicos* que «no existe más regla fundamental para juzgar el pasado que la de examinar si está de acuerdo con nuestra manera de ver y de sentir la realidad; en el grado en que lo esté o no lo esté, en ese mismo grado estará vivo o muerto». El bicentenario de la muerte de

Jovellanos, que se cumple este año 2011, bien puede ser motivo para una relectura de una obra que, vista en su conjunto, supone el principal legado de la Ilustración española. Por ello se propone esta selección, que permite advertir la perduración del pensamiento de aquel a quien Marx llamaba «amigo del pueblo» y de quien Valera decía que, al margen de Cervantes, fue quien tuvo «más brillante y firme estilo y escribió mejor la prosa castellana», aquel que articulara un proyecto para Asturias en torno a la educación pública, la minería, el puerto y los astilleros, aquel de quien Clarín decía «no sólo es el *primer* asturiano [...], sino, en cierto sentido, el *único*». Tal convivencia y pervivencia de todas estas interpretaciones de su figura, construcciones culturales e históricas que son hechuras de cada tiempo, expresa la potencia de un clásico construido a lo largo de dos siglos.

De su pensamiento puede decirse lo que Tzvetan Todorov, premio Príncipe de Asturias, decía de la Ilustración: «La Ilustración forma parte del pasado —ya hemos tenido un siglo ilustrado—, pero no puede “pasar”, porque lo que ha acabado designando ya no es una doctrina históricamente situada, sino una actitud ante el mundo». Ciertamente, pocos proyectos de Jovellanos tuvieron culminación efectiva o duradera, pues las reformas ilustradas exigen ritmos amplios que fácilmente se ven truncados; pero el pensamiento volcado en textos como los aquí recogidos nutre las reformas del siglo siguiente y conforma un legado, lo que José Antonio Maravall llamaba «la herencia ideológica de la Ilustración».

Quede aquí una nota de obligado agradecimiento a todos los editores de los textos de Jovellanos que a lo largo de décadas han hecho suyo aquello del «fija, pule y da esplendor» para aplicarlo con pericia y paciencia a unos enrevesados manuscritos, desde Julio Somoza, Miguel Artola y José Miguel Caso González hasta Teresa Caso Machicado, Javier González Santos, Álvaro Ruiz de la Peña, Joaquín Ocampo Suárez-Valdés, Vicent Llobart, Ignacio Fernández Sarasola y Olegario Negrín Fajardo. Sin ellos esta antología no sería hoy posible.